

El Pilar y la ide

por Andrés

Inmutabilidad y mutación aragonesa

Suele proyectarse lo aragonés sobre el Pilar y, a su vez, retrotraerse la simbología de la piedra/columna a la caracteriología aragonesa. En efecto, la convergencia del Pilar y del carácter aragonés obtiene su precipitado psicológico en la idea de lo **inmutable**: de esta guisa, así como el Pilar funge como piedra sagrada inmutable, celeste, eterna, fija, dura y enjuta, así también cabría interpretar el carácter aragonés como estático, seco, tozudo, inmutable, duro, terco, pétreo. En este paradigma se privilegia un tipo de hermenéutica o exégesis: la que interpreta y valora como positividad etno-religiosa el **ser** de tipo parmenídeo (Parménides) frente al **devenir** de tipo heraclíteo (Heráclito), o sea, frente a lo mutable/mudable, cambiante, temporal, cíclico, en movimiento o transición. Mientras que estos últimos atributos del **devenir** se asocian al caos, lo malonativo, la mujer, la luna, el agua y la muerte, los primeros atributos —los atributos del **Ser inmutable**— son considerados como positivos y asociados al bien. De aquí que el símbolo del Pilar sirva en dicha interpretación tanto a una concepción de la Iglesia como puramente celeste, como también a una concepción de la ciudad secular como inmortal, eterna o romano-imperial (Cesaraugusta/Zaragoza).

Yo estoy frente a tal «ideologización» tanto del simbolismo religioso como del secular, y cabría lanzar la hipótesis de si tal hermenéutica o interpretación oficial/oficiosa del Pilar y su identidad aragonesa no funciona sino como un intento consciente o inconsciente de justificar y legitimar el **estático statu quo**, es decir, la sequedad del medio, la rigidez del ámbito, la tosquedad del ambiente, la inmutabilidad del cultivo, la dureza del clima, la intransición política y el modo de **ser tópico** (la tozudez mítica). Al sacralizar así a lo **inmutable**, se está imposibilitando simbólica y realmente la **mutación** o transformación cultural. Frente a semejante ideologización clásica, propongo aquí una **revisión antropológica** de la simbología pilarista, y ello con el fin de regañar y relanzar su/nuestra identidad perdida. Ello implica, por una parte, una reinterpretación crítica del Pilar y,

por otra, la fundación programática de una **anti-tópica** aragonesa.

El simbolismo de la materia

Comenzaré rescatando el viejo fondo **matriarcal-naturalista** del Pilar recubierto posterior e insensatamente por un lastre tardío de signo **patriarcal-fálico**. Frente a la interpretación patriarcal-fálica y racionalista del Pilar y de la Virgen, a veces trágicamente transformada en diosa o capitana bélica, ha de recordarse el primigenio significado del Pilar como «retoño», metamorfosis o «hierofanía» de las viejas divinidades «ctónicas» o telúricas de signo **matriarcal-femenino**, sobre cuya sagrada memoria se levanta, numinosa y cristianamente, nuestro Pilar: éste ha de ponerse, pues, en relación antropológica-cultural con el **simbolismo materno** del «ombligo» (omphalos) o «mediación» del mundo (cielo y tierra), así como en conjunción con el «árbol» del mundo y de la vida. Se trata en ambos casos —columna/pilar y árbol— de dos epifanías originarias de la **Gran Madre** donadora de la vida y mediadora de cielos y tierras¹.

En efecto, tenemos por una parte la aparición de la Virgen Madre —muy a menudo como Virgen negra o morena de tipo terráceo-ctónico— en diferentes medios, todos ellos relacionados con la **fecundidad-fertilidad**: en cuevas, ríos, árboles. Por lo que hace al Pilar, no solamente aparece a la orilla de las aguas madres del Ebro, sino que su materia —«materia» proviene de **mater-madre**— es de **jaspe**, material matriarcal-femenino por excelencia, ya que contiene en sí grumos o piedrecillas filiales (cfr. al respecto M. Eliade, E. Neumann, K. Kerényi). Se trata, pues, de un material simbólico en ningún caso de signo **patriarcal-inmutable**, sino **matriarcal-mutable** (e incluso «ahuecado» históricamente por innúmeros contactos amorosos). He aquí que el Pilar —y con él la caracteriología aragonesa— deja de ser ser-fijo, indúctil y estático para reconvertirse críticamente en devenir extático, ámbito de mediación y encuentro, reducto vital junto a las aguas y la tierra madre, lugar sagrado por cuanto asuntor del dolor y de la misma muerte, dramáticamente escamoteados por una mentalidad inmutable, inmortalista y, en definitiva, fasciofálica.

La propia **piedad popular** ha entendi-



Virgen del Pil

do bien este fondo matriarcal del Pilar cuando, en su culta ingenuidad, presenta las imágenes de la Virgen enclavando a ésta en una «concha» abierta cual típic símbolo de **renacimiento** de la Magna Mater a través de las aguas. Las aguas, el río y la tierra no están, pues, desligadas de la iconografía pilarista, sino en ella asumidas; del mismo modo que la propia «luna» y la «serpiente» —símbolos del devenir— han sido ortodoxamente subsumidos por el arquetipo de la **Gran Madre** que la Virgen aún representa en el catolicismo. En este sentido y contexto, conviene recordar que la primitiva fiesta de la Virgen del Pilar se celebraba el 15 de agosto, día de la Asunción, y conocida es la importancia cultural de tal fecha, puesta de manifiesto por Jung, en la que la madre-mujer queda cuasi divinizada.

ntidad aragonesa

Ortiz-Osés



ar. Grabado.

Puritanos e impuritanos

Tras la patriarcalización e ideologización o racionalización del Pilar, así como de la caracteriología aragonesa a ella asociada —estaticidad—, subyace un claro fondo cultural originariamente matriarcal-naturalista que hay que redescubrir y tomar en serio. Este fondo representa una crítica frente a la tópica posterior. En este sentido, nuestra propuesta se distancia no sólo del «puritanismo» clásico sino del «neopuritanismo» progre actual que pretende «purificar» a dicho símbolo sagrado de la autoidentidad aragonesa de las denominadas «gangas» e «impurezas». Pues bien, más allá de ambos puritanismos que intentan purificar y/o racionalizar formalísticamente dicho tema, se trata de asumirlo en su abigarramiento popu-

lar, en su vivencia vital y en su simbología **lastrada** de experiencia antropológica. El propio culto popular a nuestra Columna sagrada es mucho más «progre» que nuestros flácidos progres al obviar el «palpamiento» de la «intocable» y al mediar dicha devoción con una imagería sensible y carnal (pues, ¿no vino la propia Virgen en **carne** mortal?). Todo este abigarramiento y sensibilidad nos ponen de manifiesto, a la vez, la misma caracteriología aragonesa, tan cerrilmente topificada por su «enjutez» y la axiología de lo «jasco». Hay que aprender a ver detrás del seco cante de la jota un grito, detrás de las vértebras aragonesas un guitarro, tras la sequedad cierta represión (ajena y propia) y tras la «tozudez» el sentimiento condensado, apretado como el pañuelo, hirsuto. En alguna ocasión he pensado escribir sobre la necesidad de superar la metafísica de la «condensación» aragonesa por la mitología del «desplazamiento». Ello está asimismo implicado en la imagería del Pilar: pues éste no es sólo **condensación** de los cuatro elementos primordiales (traído por los **aires** al fogoso hijo del **Trueno** y anclada, junto a las **aguas**, en **tierra**), sino también **desplazamiento metonímico** o por contigüidad (de modo que Pilar y Virgen Madres son intercambiables).

¿Patrones o matrones de conducta?

He aquí cómo la identidad del Pilar y, con ella, la propia identidad arago-

nesa, puede revisarse. Y he aquí cómo una Tradición puede rehacerse crítica y emancipativamente en su propio favor y en el de sus portadores. Pero, a tal fin, conviene ir cambiando los tópicos «pattern» o **patrones** culturales por nuevos «mattern» o **matrones** —**matri-ces**— de experiencia y cultura viva. Mientras que dichos «pattern» o patrones están jungianamente simbolizados por el «padre» y/o el «rey» como representantes de la **consciencia colectiva** o razón patriarcal, lo que denominó irónicamente «mattern» o matrices culturales nuevas están simbólicamente representadas por los arquetipos de la Madre y el «ánima» como personificantes del **inconsciente colectivo**, es decir, del sentido matriarcal-femenino de la existencia.

Los padrones de nuestra cultura elegirían como lema pilarista el «columnan ducem habemus»: **«tenemos por duce o caudillo a la columna»**. Por mi parte, y en nombre de los propios matrones/matronas de conducta, elegiría el lema también bíblico del **«petra cordis mei»**: **«piedra de mi corazón»**. O el pilar como «piedra cordial», blanda y ahuecada —piedra de mediación— de la identidad aragonesa, así como, en su caso, de quien quiera y pueda asumir su identidad perdida. Perdida en su propia tierra y en su propio corazón.

¹ Véanse nuestras obras **Símbolos, mitos y arquetipos** (Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao) y **El inconsciente colectivo vasco** (Ed. Txertoa, S. Sebastián).

ROLDE cumple cinco años

En noviembre de 1977 apareció el primer número de nuestra revista. Tras cinco años de lucha en solitario, venciendo dificultades de todo tipo, diecinueve entregas —17 periódicas y 2 fuera de numeración— avalan el trabajo serio, ilusionado, tenaz e independiente de la única publicación que en nuestro País ha defendido incesantemente, durante toda la llamada transición política, las tesis nacionalistas y nuestra cultura autóctona.

Con motivo de este quinto aniversario, queremos agradecer a todos nuestros socios, suscriptores y amigos la confianza y el apoyo que siempre nos han prestado para intentar hacer de Aragón un país libre, progresista y soberano.

Rolde d'Estudios Nazionalista Aragonés